

Sazona sus macarrones la italiana y se enternece con los recuerdos de Garibaldi frente á su madona; pero como le ha escrito su *swethear* un precioso papelito, revuelve el diccionario inglés para endulzar la vida del nietecito de Washington.

Y la mexicana, dispone para la mesa mole poblano y chiles rellenos; pero encarga que no pique, porque su maestro de francés brama con los guisos aztecas, y bufá el yankee banquero, patron de su primo idolatrado.

—No te lo he dicho, exclamaba Carrascosa, déjate de apuntes.

—Hombre, si solo quiero hablar de la sociedad selecta.

—Maldito! aquí no hay selectos ni repulgos de monjas; aquí hay ricos y pobres.

—Pero la gente fina.

—¿Qué millonario no se vuelve fino en cuanto le pega la gana?

—Y los que han aprendido en Europa . . . . A esos les re-tienta el *leage beer* y el jamon á la hora ménos pensada.

¿Ya oyes todos esos sermones de la educacion de la mujer, y de la inocencia, y de la conservacion de la moralidad por la confusion de los sexos en las escuelas? . . . . pues, chico, todos esos son embustes; embustes del tamaño de una bala de á treinta y seis.

¿Ya las ves chiquitinas, con su gorrito como una hoja de col ó como una cazuela boca abajo en las cabezas? . . . . pues eso es cajeta; á los doce años tienen el novio en la escuela, y son capaces de llevarse un hombre en cada bolsillo del delantal, como si fueran dos perones.

Salen de vareta en cuanto Dios echa su luz; eso sí, como

unas vireinas de lindas y de guapas: la que no tiene por lo bajo tres vestidos para cambiar en el dia, es mujer al agua.

Si aprenden música, nada de escalas, ni de piropos, ni de ejercicios de paciencia; no, señor: la cancioncilla por aquí, la ária por allá, lo que tiene salida para los novios.

Al papá se le paran de gallo á la primera observacion. . . .

—¿Y la mamá?

—Anda por su lado y se hombrea con la hija para vestir y acicalarse más que ella. . . . porque aun declarada vieja, procura sobrenadar, aunque sea como un zoquete de corcho, en las olas de la juventud.

—Eso de gobierno de casa, y de repaso de ropa y de cocina, eso para ella es casi lo estúpido.

—Entremos en cuentas, mis amigos, decia uno de los circunstantes, muy dado á los estudios sociales. Esta es una sociedad, en que no se puede presentar una fisonomía única, porque es sociedad de extranjeros, en que cada cual sigue sus costumbres como le acomoda, y no puede presentar un conjunto ó tipo regular, como la española á que estamos acostumbrados. Entre españoles, franceses é italianos se pudiera hallar la señorita á nuestra manera; entre las otras naciones, no.

Comience vd. porque el sentimiento de la emancipacion se respeta y su desarrollo es poderoso y rápido.

Desde muy temprano, el niño y la niña asumen la responsabilidad de sus acciones; se le suelta, es cierto que cae, pero es cierto que confía en sus fuerzas y las mide para no caer segunda vez. Esto produce extravíos, pero comunica virilidad, independencia y reflexion al niño desde sus primeros pasos.

El niño mexicano tiene ayo que cuida sus pasos; á poco andar se vuelve su cómplice. Se apega al árbol paterno y se nutre con los mimos de familia; pero ese sér menestero-so y raquíptico, confiado en las ajenas fuerzas, amigo del ócio, será femenil en sus aspiraciones, corromperá la vida íntima, acabará por casarse para que le mantengan á su mujer.

Eso no concibe el americano; en sus juegos finge atravesar los mares y recorrer los desiertos, juega con costalitos de tierra en que descarga café, conduce fierro ó plantea un ferrocarril, y á los quince años, es carpintero, ó voluntario, ó quiere marchar á China, ó resulta perniquebrado, ensayando dar direccion á los globos; pero ese es un hombre y un hombre útil á la sociedad; miéntras el niño nuestro, es un muñeco que cuando más aspira á ser del Colegio Militar ó diputado, es cierto; á ser mantenido de la nacion, ya que no por sus padres.

La sociedad americana se cuida mucho de los delitos, es decir, de las acciones que perjudican á los demás; no se cuida de los pecados: á esto llamamos nosotros inmoralidad; lo otro constituye un gobierno de trabas y de chisme, que degrada y envilece á los pueblos.

En cuanto á la mujer, se siente desde que nace rodeada de respeto: una niña, una señorita, puede atravesar de aquí á Nueva-York, de dia ó de noche, sin que nadie la importune; va con la conciencia de ser protegida de cuantos la rodean.

La niña se educa, ilustra su razon, se desarrolla, y protegida por la universal consideracion, aspira á la libertad; para mí todo eso es excelente: *la parte delicada de esta educacion es que, en mi juicio, no se le inculca bastante la idea de que se*

*tiene que educar para madre de familia, es decir, con aspiraciones adecuadas, con la subordinacion á una voluntad superior.*

La educacion, á fuerza de extraviado engrandecimiento, pretende hacer de una mujer un hombre, y la educacion de la mujer debe ser el perfeccionamiento de la mujer. No puede ser perfeccionamiento el hermafrodismo intelectual.

La mujer, con ese falso principio desarrollado en sistema, busca los medios de vida propia é independiente, y como ni su organizacion, ni su naturaleza la sostienen en su tarea, termina por explotar sus gracias, y semejante mercancía atenta contra la familia y hace la desdicha de la misma mujer.

Es cierto que amparando esa independenciancia, se abren la oficina y el taller; pero la oficinista y la obrera son séres masculinos, sin sexo, y de esto siempre nacen aberraciones sociales.

—Alto, chico! clamó otro españolito, amigo de Carrascosa, todo eso bien pudiera ser: ¿quién quita de que estos salvajes blancos son tan pazguatos y tan friones, que ellas, pues, vd. me entiende, se dan sus mañas para no pasar la vida tan triste, y vienen con nosotros que somos más amorosillos?

—Sí, muy amorosillos, replicó con ironía mi tocayo; nos derretimos en una mesa ó en una tertulia, brota una flor de cada una de nuestras palabras; pero le faltamos al respeto al lucero del alba, no nos paramos en pintas para una seducccion, y mil veces se recuerdan con lágrimas nuestras dulzuras en las casas honradas. . . .

—Eso es la fuerza de la sangre, dijo el españolito.

—No, amigo; es en el hombre el respeto al derecho

ajeno, y es en la mujer el sentimiento de su propia dignidad.

—Hombre, hombre, interrumpió otro concurrente, vdes. se están metiendo en honduras de esas de que se escriben cientos de libros, sin que se le encuentre punta á la hebra, y yo queria hablar de la *lady*, de esa que no tiene padre ni madre, que es linda como una estrella, que viste como una reina, toca, canta, sonríe, endulza la vida, y el dia ménos pensado toma un bebigote que la despacha al otro barrio, de guante de cabritilla y capota de riquísimas pieles.

—A propósito, dijo uno de los amigos, á uno de los compañeros de vd. acaba de pasar un lance que parece de novela....

—Que se oiga el cuento.

—¡Atencion!!!

—Vd. tiene la palabra.

—Silencio....

—¿Vdes. conocen á P. Y. G.?

—Como á mis manos, repliqué yo, es nuestro íntimo.

El muchacho es gallardo, elegante y hombre de mundo, aunque muy reservado y duro de aspecto.

Convidóle el capitán á una cena, en *Lit-House*, de esas fincas entre árboles y flores que habrá vd. visto á la orilla del Parque.

Grandes salones con columnas, colgaduras y espejos, magnífico piano, candil soberbio, decoraban la estancia.

Departamentos como claustros y habitaciones propias para cambiar de direccion á cada instante, y un comedor con todos los adminículos que exige el buen tono cuando impera la gula.

Eran de la partida cosa de siete garzones como almen-dros, y otras tantas bellas, realizaciones del ideal de los bardos más enamorados.

Cantóse, tocóse, danzóse, y se deshojó la flor de la vida, dejándola caer en agua cristalina con esencia de rosa.

Aislábanse las parejas al pié de las estatuas, en sofases magníficos.

Parece que veo á P. con sus ojos negros, su rizado cabello, su dentadura que al sonreír despide luz. Leila estaba á su lado, con su vestido de seda blanco, atravesado por unas lindísimas sartas de rosas.

¿Conocen vdes. á Leila?

Leila triunfa en su perfeccion de la Vénus de Médicis; entre una cabellera de espuma de oro, aparece su semblante como una glorificacion del ideal; en la atmósfera que la rodea se mece la voluptuosidad; sus movimientos acarician, sus ojos embriagan y atormentan. Su conjunto es como un canto, su andar es el himno. Si cerrados los ojos pasara á nuestro lado, sentiríamos como nadando en luz nuestra alma.....

Esa mujer hablaba con P. Y. G., y su brazo de alabastro descansaba sobre su cabello de ébano, á los piés de una estatua de Apolo, como completando un grupo de Fidias.

P. la reprochaba su tristeza.

Ella le decía que cumplía con un compromiso estando allí; que tenia una amiga moribunda; que le parecia escucharla; que no tenia sosiego; y se abandonaba melancólica, escondiendo su labio de carmin en un cáliz de rosa blanco, que parecia rendirse y abrir sus pétalos con avidez, para recoger sus besos.

P. fijó atentamente los ojos en aquella mujer, erguió su cuerpo sobre el sofá, y con un aire de finura y atención irresistibles, y con un ademán en que había respeto, súplica y mandato, se quitó una de las riquísimas mancuernas del puño de la camisa, y le dijo:

—Hágame vd. favor de ofrecer á su amiga ese recuerdo; yo libraré á vd. de todo compromiso; vaya vd. á su lado: mi coche está listo.

Atravesaron el salón los jóvenes, no sin que los siguieran algunas maliciosas miradas.

Habló P. con el dueño de la casa, y condujo á la hermosa al carruaje.

—Está vd. á las órdenes de la señorita, dijo al cochero, y se retiró sin demostración alguna, sin un movimiento que indicase interés.

—El nombre de vd., caballero? le dijo, con el pié en el estribo del coche, aquella divinidad.

—Soy un mexicano, respondió P.

El coche se perdió en las sombrías calzadas del Parque.

La preciosa Leila no había mentido: fué del convite á asistir á la amiga moribunda que estaba en la miseria.

—Esos demonios son así, exclamó el españolito, gastan cada día los cientos de pesos en alhajas y aventuras, y van á un hospital.

Apénas alumbró el día, fué Leila á realizar la mancuerna. Sin titubear, le ofrecieron quinientos pesos.

Sea por la riqueza de la dádiva, sea por la originalidad de la aventura, sea por el poco interés de la recompensa manifestado por P., lo cierto es que Leila se apasionó perdidamente: corría las calles preguntando por Mr. Pibl, y

nada de diversion ni de amoríos. El mundo elegante estaba asombrado con la conversión de Leila.

P., sea que realmente se propuso hacer una buena acción sin recompensa; sea que sus amigos le retrajeron de un empeño que pudiera haberle sido funesto; sea capricho, evitó las ocasiones de ver á Leila y se encerró en su reserva.

La linda mujer de que hablo era sin duda una de esas jóvenes de opulentas familias que caen en las redes de la disipación y pierden para siempre nombre, padres y hogar.

Conocía su situación, se sentía abyecta, despreciable; los puros sentimientos, sepultados en su vanidad y su locura, despertaban, alumbrándole el hondo abismo de su infelicidad; era una mártir de quien la presencia del resultado de sus extravíos, constituían su suplicio.

Una tarde recibió P. un billetito muy perfumado, en que Leila le invitaba á un té en la bahía, á bordo de un buque.

Decíale en qué punto debería hallar un bote que lo condujera, y hacia alusión á la hermosísima vista de la bahía, á la luz de la luna, viéndose á distancia y fantástica, la ciudad con sus luces artificiales, reverberando, esparciéndose y agrupándose en todas direcciones.

P. se forjó una novela, y asistió á la cita: en el comedor del buque, á cierta hora, notó algún trágico y subió sobre cubierta, oyó los silbidos del vapor y vió movimiento como de marchar.

Preguntaba por señas qué era lo que sucedía: nadie le daba razón.

Con mil trabajos, y después de mil gestiones, supo que en aquel momento partía para China la embarcación.

La congoja de P. fué extrema; tratábase de un plagio:

habló, protestó, gritó, pidió socorro; y al fin, por milagro, se hizo entender; detuvo su curso el buque, y descendió... dejando á la nueva Dido, que siguió su marcha, conducida por la desesperacion al celeste imperio.

—Saben vdes., dijo el españolito, que la broma estuvo pesada?

—Más pesada está la del paisano D., que queriendo hacer una de las nuestras con una chica, dió cartitas, hizo promesas, regaló anillos, como de juguete, y ahora, que quiera que no quiera, lo casan, y ni toda la corte del cielo le quita de encima el ¡oh José, divino esposo!!

—Oiga vd., me dijo mi tocayo, si en las hembras tiene vd. tipos tan originales, entre los machos puede vd. contar primores.

—Otra vez nos ocuparemos de las relaciones de los chicos de ambos sexos, con divorcio, matrimonio y todo su acompañamiento.

—Echa líneas, chico, me decía Carrascosa, echa líneas para ejercitar el pulso... y solo cuando te encuentres muy diestro, emprende el retrato.

—Pues, por ahora, te obedezco, contesté: dejó en tal estado mis primeros perfiles.



## XI

Depósito de seguridad.—Telégrafo.—¡Fuego!!

**E**MPIEZA este capítulo con un prodigio: Northon's, que es un loco frison como una casa, y una casa ambulante, se quedaron en el tintero... y ni su luz... si es gana, eso de los compromisos me asesina: ya hablaremos del loco y de la casa... Hablemos ahora del Depósito de Seguridad.

¡Suntuoso edificio! clamé entusiasmado un día en la esquina de Montgomery y California, al ver una fábrica que tiene en el primer piso arquería de cristales de seis varas, diáfanos hasta dudar los ojos de su existencia: cinco pisos, séries de arcos con molduras y columnas, y una caprichosa torre con su aguja, que parece penetrar en las nubes.

—Magnífico es realmente y corresponde á su objeto, me